

creible, dice este, que los Prelados juzgaron desde el principio, que era una cosa odiosa el publicar sus delitos ante toda la Iglesia, y como sobre un teatro. Pone por principio, que Dios ha ordenado conceder el perdón á los que se arrepientan, por mas frecuentes que hayan sido sus caídas. Y confundiendo tantos siglos antes la heregía de los Sacramentarios á causa de este suceso, añade, „que la confesion es necesaria para obtener el perdón de los pecados.”

Mas volvamos á Nectario que suprimió por consejo de Eudemon el oficio del Sacerdote Penitenciario, y dejó, dice Sócrates, á la libertad de cada uno el participar de los divinos misterios segun el movimiento de su conciencia: lo que se entiende de la confesion pública de algunos pecados secretos que este Penitenciario tenia derecho de proscribir. Siguieron el ejemplo de la ciudad imperial la mayor parte de las Iglesias de Oriente, es decir, que volvieron á la costumbre antigua conservada por los Occidentales, y que el Obispo tomó por sí mismo la inspeccion del grande objeto de la penitencia. Respecto á la penitencia en sí misma, es cierto por toda la serie de la historia como por el testimonio de Sozomeno, que la supresion del Sacerdote Penitenciario no perjudicó de manera alguna á la confesion secreta usada desde el nacimiento de la Iglesia, ni aun á la penitencia pública practicada por largo tiempo despues de este suceso en la Iglesia misma de Constantinopla. Estas disputas cavilosas dan bien á conocer la temeridad de los hereges reformadores, que entre las instituciones

divinas no perdonan á la mas capáz de servir de freno al desorden de las pasiones.

Miraba siempre San Gregorio Nacianceno con mucho interés la Iglesia en que habia sucedido Nectario, y olvidando los disgustos que le habian restituido á su libertad, solo se acordaba de su sucesor para ayudarle con sus consejos y conocimientos. Escribióle desde el fondo de su retiro, animando su vigilancia y su celo contra los sectarios, especialmente contra los Apolinaristas que tenian muy libremente sus asambleas. Instábale para que hiciese conocer á la corte, que seria en vano la benevolencia imperial con la Iglesia y el descrédito de los demás errores, si este pudiera lisongearse de prevalecer. Créese con razon, que estos pasos influyeron en la orden que publicó Teodosio para echar de las ciudades á los hereges en general, y con especialidad á los sectarios de Apolinar, como tambien el haber tomado otras medidas mas eficaces para impedir que se multiplicasen.

Tal fue uno de los postreros frutos del celo episcopal de Gregorio, reconcentrado á la sazón sin pensar y sin ambicion en la soledad de Arianzo en su pais nativo (1). Un huerto, una fuente y unos árboles plantados por sus padres, le daban placeres mas dulces y mas puros, que cuantos hubiera podido gozar en los palacios de la capital. No tenia mas penalidades que las que experimentaba, á pesar de su senectud, en los combates aun muy fuertes y muy frecuentes de la carne contra el espíritu; de lo cual se lamenta al-

(1) *Greg. Naz. Carm. 59.*



gunas veces en las poesías piadosas que llenaban sus momentos de ocio; y su humildad le hace repetir frecuentemente, que aunque era virgen en el cuerpo, temblaba de no serlo de espíritu. Sus enfermedades continuas y su extrema vejez no le parecían un preservativo suficiente. Empleaba con el mismo fervor que en la edad mas vigorosa, derramando lágrimas en abundancia, la oración continua, la confianza en Dios, la desconfianza de sí mismo, y todos los ejercicios de la mas austera mortificacion. Una estera era su lecho, su cobertor un tosco burel, y su vestido una simple túnica en todas las estaciones. Nunca encendia lumbre, andaba siempre descalzo, y solo conversaba con los habitantes de los cielos. Sobre todo evitaba con grande circunspeccion la sociedad y aun la vista de las mugeres. Habiendo ido uno de sus parientes, llamado Valentiniano, á vivir con unas señoras en frente de su morada, abandonó por esta vecindad una tierra donde por largo tiempo habia tenido el inocente placer de cultivarla con sus manos. Mientras su último retiro, la poesia sagrada fue su ocupacion mas ordinaria. Además del ejercicio de la penitencia que hallaba en la composicion difícil de los versos, se proponia substituir sus piadosas producciones, tanto á los versos del herege Apolinar, como á los de los poetas licenciosos del paganismo, y hacer ver que el vicio no ofrece á las musas un campo mas favorable que la virtud. Finó así dulcemente su carrera este ilustre Doctor á la edad de mas de noventa años en 391. Su poder con el Señor fue

tan bien conocido aun antes de su muerte, que desde entonces se imploraba su socorro en las enfermedades, y espelió muchas veces los demonios á la primera invocacion del nombre de Jesus. Aun existen sus talentos en sus obras tan constante y universalmente elogiadas por lo sublime de los pensamientos, por la nobleza de su estilo, por la fuerza del raciocinio, y por la profundidad y exactitud incomparable de la doctrina.

90. El Emperador Teodosio volvió en el mismo año á Constantinopla, despues de haber pasado tres años en Italia, donde dejó á Valentiniano, á quien acababa de restaurar y afirmar en su trono. Teodosio habia mandado á los monges por una ley formal que se retirasen á los lugares campestres, y no se fijasen ni aun se detuviesen en las ciudades. Acudian allí á importunar á los jueces, para que no condenasen á muerte á los malhechores, y muchas veces para derribar tumultuariamente los ídolos y hacer una guerra indiscreta á los Paganos. Sobre todo en Oriente sucedian estas imprudencias, hallándose en extremo multiplicados los solitarios y cenobitas en Egipto y en Siria. Cuando el Emperador pudo ver las cosas por sí mismo, y velar mas sobre la conservacion del buen orden, modificó una prohibicion que parecia ocasionar una especie de mancha al estado religioso, y concedió de nuevo á los que le profesaban la entrada libre en las ciudades; pero fue mucho mas cuidadoso en distinguir entre ellos los sugetos dignos de los indignos, y reprimió la licencia de los vagamundos re-



voltosos que abusaban de la mas santa de las profesiones para sus miras particulares y á veces detestables.

91. Ocultábanse con el nombre de monges tan respetado en aquella época, los hereges llamados en siríaco mesalianos y en griego euchítas, esto es, oradores, porque hacian consistir toda la Religion en sola la oracion. Habíalos de dos clases: unos eran verdaderos Paganos, sin tener cosa alguna de comun con los fieles, sino algunos pocos usos exteriores de la Iglesia que se apropiaban. Tambien reconocian muchos dioses, aunque no adoraban sino á uno solo, que llamaban el Dios Supremo ó el Altísimo. Se cree que estos sectarios son los mismos que los upsistarios ó adoradores del Altísimo. Llamóseles tambien eufemítas, de una palabra que significa alabanza, á causa de ciertos cánticos en honor de Dios que cantaban en sus juntas. Algunos de estos se llamaron satanianos, por el culto espantoso que el miedo de los demonios les hacia dar á estas malas potestades.

Es muy incierto el origen de los mesalianos que se llamaban Cristianos. Su error lo atribuye San Epifanio á la grosera simplicidad de algunas personas del comun, que tomaban sobrado á la letra el precepto de abandonarlo todo por seguir á Jesucristo (1). En efecto, lo dejaban todo y tenian despues una vida ociosa y vagamunda, pidiendo limosna y viviendo mezclados hombres y mugeres, hasta dormir así en las calles en el estío. Reprobaban como malo el trabajo de manos, abusando de estas palabras del Sal-

(1) *Epif. hæc.* 80. n. 1.

vador: *trabajad, no por el alimento que perece sino por el que permanece eternamente.* Debemos advertir, que San Epifanio que con este motivo declama contra la mendicidad, solo censura la que vive ociosa; y lo que dice no se puede aplicar á las órdenes mendicantes aprobadas por la Iglesia. Tomaban tambien los mesalianos el precepto de la oracion continua en todo el rigor de la letra; de modo que esta que llamaban observancia les hacia cometer escesos ridiculos, y caían en otras mil estravagancias, hasta alabarse de que veían la Trinidad Santísima por sus propios ojos. Dormian la mayor parte del dia, y despues contaban sus sueños como otras tantas revelaciones ó pronósticos. La Eucaristía, la Penitencia, todos los sacramentos é instituciones mas sagradas y divinas eran para ellos cosas indiferentes. Toda su religion la formaba sola la oracion; y en sus oraciones se agitaban, temblaban, se revolvian á un lado y otro y se abandonaban á los movimientos mas indecentes. Lo demás que el pudor nos obliga á omitir, seria increíble, si despues del testimonio del santo Obispo de Salamina no hubiésemos visto en las naciones y en los tiempos que se creían mas ilustrados la renovacion de los mismos errores, bajo la máscara de reforma y rigorismo. Fueron condenados en Concilio estos hereges, primero en Antioquia, por la solicitud del Obispo Flaviano, y con mas solemnidad en Iconio, de donde el santo Obispo Anfloquio envió una relacion á este Patriarca.

No obstante, seguia el cisma en Antioquia, ó pa-



ra hablar con mas propiedad , la division de los fieles en dos rebaños cada uno con su Pastor , y obedientes ambos tanto á la verdadera fe como á la autoridad de la Cabeza universal de la Iglesia , de la cual no se los habia separado por la excomunion. Parece evidente esto por el Concilio general de Constantinopla , donde vimos que los Padres de los dos partidos comunicaban juntos sin ninguna dificultad. Los fieles del partido del Obispo Paulino no quisieron despues de muerto él reconocer á Flaviano ; y entonces tan solo , si hemos de dar mas crédito á Sócrates y Sozomeno que á Teodoreto acusado de preocupacion por Baronio , eligieron un nuevo Pastor en la persona de Evagrio , que era amigo de San Gerónimo , y de una familia muy distinguida en Siria. Clamaron los partidarios de Flaviano que se habian quebrantado las leyes de la union y concordia ; pero los de Evagrio contestaron , que su rival no habia temido violar el juramento hecho , segun afirmaban , antes de su eleccion , de no dar sucesor á Melecio en vida de Paulino. Aunque Flaviano tenia á su favor un Concilio , recibido despues como Ecuménico ; no obstante , unos y otros se apoyaban sobre los defectos verdaderos ó supuestos de la ordenacion de su concurrente , mucho mas que sobre la regularidad de la suya propia (1). Dice tambien Teodoreto , que los Occidentales , con quienes mezcla á los Egipcios , reconocieron á Evagrio interinamente ; pero Sócrates y Sozomeno no hablan ni de los de Egipto ni de los de Occidente ; y San Am-

(1) *Ambr. Epist. 56. n. 6.*

bro시오 testifica terminantemente la neutralidad de los Egipcios. Efectivamente se ve que unos y otros no tenian otro objeto que la paz , á la cual esta parcialidad hubiera puesto los mayores óbices.

Convocóse un Concilio en Cápua en el año 391 , adonde fue citado Flaviano , y halló medio de no concurrir con pretestos que no se tuvieron por suficientes. Temiendo no obstante sobre todo los Padres del Concilio causar un cisma y añadir la realidad á la apariencia , resolvieron no rehusar la comunion con ninguno de los Orientales que profesase la fe católica , aunque los unos estuviesen por Flaviano y los otros por Evagrio ; mas por no omitir cosa alguna que pudiese acabar estas discusiones , cometieron su conocimiento á Teófilo , sucesor de Timóteo en la Silla de Alejandría , ya fuese por la dignidad de su Iglesia , ó por su imparcialidad que le hacia uno de los mas propios para esta decision. Trataban de juzgar con sus sufragáneos , pero de tal modo que su sentencia debia ser confirmada por el Pontífice de la Silla Apostólica : proposiciones que admitieron todos unánimemente ; porque el respeto á esta Silla estaba gravado lo mismo en el espíritu de los primeros Prelados así de Oriente como de Occidente ; pero Flaviano evitó el juicio de Teófilo , como el del Concilio de Cápua : lo que escandalizó á algunos de los mas santos y mas sabios Obispos , indispuso á muchos y descontentó al Emperador.

92. Escribiendo San Ambrosio al Patriarca de Alejandría se esplicó con los términos mas fuertes. A Fla-



viano le acusó de una temeridad sin ejemplo, y de aniquilar por sí solo la virtud de las leyes y de la unidad sacerdotal. Muestra en la misma epístola la parte que tuvo el Papa Siricio en el Concilio de Capua. Véase aquí la traducción literal de este pasaje del santo Arzobispo, harto mal traducido por algunos de los mas famosos escritores franceses. „Nosotros creemos sin duda, que es indispensable referir vuestro juicio á nuestro santo hermano el Obispo de la Iglesia Romana; porque presumimos que las disposiciones serán tales, que no podrán desagradarle. Conseguireis así que vuestra sentencia tenga un resultado feliz; así afirmareis el reposo y la paz, pronunciando un decreto que no ocasione inquietud en nuestra comunión. Por lo que respecta á nosotros, cuando recibamos las actas de vuestra decision, y llegue á nuestro conocimiento, que la Iglesia Romana aprobó lo que se haya hecho, recogeremos con alegría los frutos de vuestros trabajos.” Estas son las palabras de San Ambrosio que se cree presidió al Concilio de Capua, y que fue uno de los mas versados en todo este negocio; mas sin recurrir á este testimonio, ¿con qué título un Concilio particular celebrado en Occidente y que no autoriza la Cabeza de la Iglesia, pudiera haber conocido en las causas mas importantes, cuyas partes le eran desconocidas? ¿Con qué derecho las habria cometido á otros jueces, y sobre todo tales como el Patriarca de Alejandría?

De la misma manera que San Ambrosio juzgó el Papa á Flaviano, y escribió mas eficazmente al Em-

perador Teodosio para que hiciese mas dócil á este Obispo, súbdito suyo de quien tambien se quejaba Teófilo. Así estaban los asuntos cuando la muerte de Evagrio atrajo ó preparó la decision de este grande negocio. No reconocieron aun á Flaviano los fieles de su partido; mas este procedió de suerte que no se le dió un nuevo Obispo.

93. Puso todo su conato entretanto el Patriarca de Alejandría en extinguir la idolatría en Egipto, que era su último asilo despues de haber sido su cuna. Acababa de obtener del fisco un templo antiguo de Baco, para aumentar las Iglesias al paso que crecía la multitud de los fieles: y cabando en los subterráneos, adonde solo los iniciados tenían derecho de entrar, se encontraron figuras infames y grotescas que el Patriarca hizo llevar por toda la ciudad, y presentarlas despues al público para avergonzar á los Paganos y desacreditar el paganismo. Quedaron los filósofos mas irritados que confundidos; y el pueblo idólatra se enfureció de modo que en un punto toda la ciudad se puso en armas. Despues de haber pasado á cuchillo á innumerables fieles se retiraron los Paganos al templo de Serapis como á su baluarte. Haciendo salidas imprevistas desde allí, y arrebatando á los Cristianos que podían sorprender, obligaban á los débiles á sacrificar, crucificando á los otros, quebrábanles las piernas y los echaban medio muertos en las cloacas destinadas á recibir las inmundicias y la sangre de las víctimas (1).

(1) *Rufin. lib. 2. hist. cap. 23.*



Estaba edificado este templo de Serapis, uno de los más señalados del paganismo, sobre un terraplen muy espacioso de hechura cuadrada: habia que subir mas de cien escalones para llegar á la plataforma: el terraplen todo de bóveda estaba distribuido en diversas oficinas ó cámaras que recibian la luz por lo alto: cuatro galerías inmensas formaban un patio tambien cuadrado, en medio del cual se alzaba hasta las nubes este templo inmenso edificado todo del mármol más hermoso, y sostenido de soberbias columnas de jaspe y pórvido: el interior estaba cubierto de alto á bajo de planchas de cobre dorado, bajo las cuales, se dice, que habia otras de plata, y debajo de estas otras de oro macizo: esta riqueza era inútil á la decoracion del edificio, pero la defendian los Paganos con muchas razones misteriosas para lo venidero que jamás llegó.

Era la figura del dios Sérapis de un hombre venerable, con una luenga barba y grandes cabellos y de una estatura tan gigantesca, que con sus dos manos tocaba las dos paredes colaterales. Veíase cerca de él otra figura monstruosa, que tenia tres cabezas: la del medio, que era la mayor, era de leon: la del lado derecho, de un perro que halaga; y la del izquierdo, de un lobo rapáz. Reposaba su cabeza en la mano del ídolo un enorme dragon que cubria con sus vueltas tortuosas el tronco común de estos tres animales, y aquel tenia sobre la suya propia una medida: lo que ha hecho creer, que figuraba al Patriarca José, al cual los Egipcios supersticiosos tri-

butaron despues de su muerte honores divinos á causa de la abundancia que los habia procurado en medio de la esterilidad. En la composicion de esta estatua entraban piezas de madera de todo género, cubiertas de metales y de toda especie de pedrerías; y en esta mezcla se descubrian tambien misterios. Estaba pintada de un azul, que el tiempo habia ennegrecido; cerca de ella habia una ventanilla dispuesta de suerte que los rayos del sol doraban su boca en el dia y en el momento crítico, que se acostumbraba traer el ídolo de este astro, para visitar al de Sérapis; de manera que el dios del dia parecia saludar con un ósculo á vista de todo el pueblo al dios de la abundancia. Un pequeño carro del sol, llevado por los aires como por sus caballos, era otra maravilla que no se admiraba menos en la bóveda del templo; mas como el carro era de hierro todo el prodigio consistia en el iman que guarnecia la bóveda.

Habiéndose retirado á este templo los idólatras despues del primer furor de la sedicion, el Prefecto de Egipto le tuvo bloqueado con todas sus entradas; y entretanto avisó al Emperador para recibir sus órdenes. Teodosio mandó derribar el ídolo y el templo, sin verter la sangre de los sediciosos. Miraba como á otros tantos Mártires á los Cristianos muertos en esta ocasion, y efectivamente la Iglesia los venera como tales: por lo que no quiso que se castigase á los autores de su muerte, á los que por otra parte esperaba atraer al cristianismo con la clemencia.

94. Estaban persuadidos los idólatras que si la ma-



no de un mortal tocase al ídolo del gran Sérapis, el cielo y la tierra se confundirían al punto, y el mundo tornaría á su primer caos. Tenía á la multitud suspensa esta preocupacion comunicada á una infinidad de hombres débiles aun entre los mismos Cristianos; cuando un intrépido soldado tomó, lleno de fe, una hoz y la metió con toda su fuerza en la mandíbula del dios temido. Todos despidieron un grito de terror; pero el cielo y todos los elementos permanecieron quietos. Dió el soldado otro golpe en la rodilla del ídolo que estaba medio podrido, cayó y se hizo mil trozos, saliendo de su cabeza una multitud de ratones, que hicieron suceder inmediatamente al respeto de sus mas tímidos adoradores el desprecio, la indignacion, y una vergüenza estremada de su estúpida credulidad.

Principióse despues del ídolo á arruinar el templo, y se encontraron cruces grabadas en muchas piedras. Entre los Egipcios significaba esta figura geroglífica la vida venidera; pero á vista de tal figura se convirtieron un sin número. Como era tradicion entre ellos que su religion se acabaria cuando apareciese esta figura de la cruz, los mas instruidos como sus sacrificadores y adivinos se mostraron los mas deseosos en pedir el bautismo. El instrumento misterioso que servia para la medida de las crecientes del Nilo, las que atribuían á Sérapis, fue trasladado á una Iglesia. Mostraron sin embargo los idólatras nuevos temores, y publicaron que no habria ya aquellas inundaciones felices que fecundaban la tierra de Egipto; pero Teodosio, á quien llegó despues la noticia, con-

testó que era preciso preferir la religion á los dones del Nilo; „cese este rio, añadió, de traer la abundancia, si para procurarla son necesarios encantamientos y pecados (1).” Mas antes de esto y poco despues de la ruina del templo de Sérapis, habiendo sabido que no habia memoria entre los hombres de una inundacion tan feliz como la de este año, exclamó arrebatado por su piedad alzando las manos al cielo: *¡seais siempre bendito, ó Dios Todopoderoso, de que se haya abolido tal error sin perderse la ciudad!*

Erigióronse dos magníficas Iglesias sobre las espaciosas ruinas del templo de Sérapis, una de las cuales se dedicó á San Juan Bautista. Aquí recibieron al fin el honor debido las reliquias del santo Precursor, que mientras la persecucion de Juliano habia ocultado San Atanasio en una pared, para servir, dijo entonces con espíritu profético, á los que vendrán despues de nosotros.

Toda la provincia de Egipto y aun las aldeas siguieron el ejemplo de la capital. Descubrióse en estas diversas ocasiones toda la crueldad de los misterios idolátricos; pues se hallaron en los reductos secretos llamados *aditos*, cabezas de niños cortadas, con los labios dorados como víctimas estúpidas, y otros mil vestigios de muertes atroces y sacrílegas. Reconociéronse tambien las astucias de los sacrificadores para seducir á los pueblos; pues habia ídolos huecos artificialmente hechos de una altura gigantesca, y en cuyo interior tenian tránsitos secretos donde se introducian

(1) *Rufin. lib. 2. hist. cap. 30.*